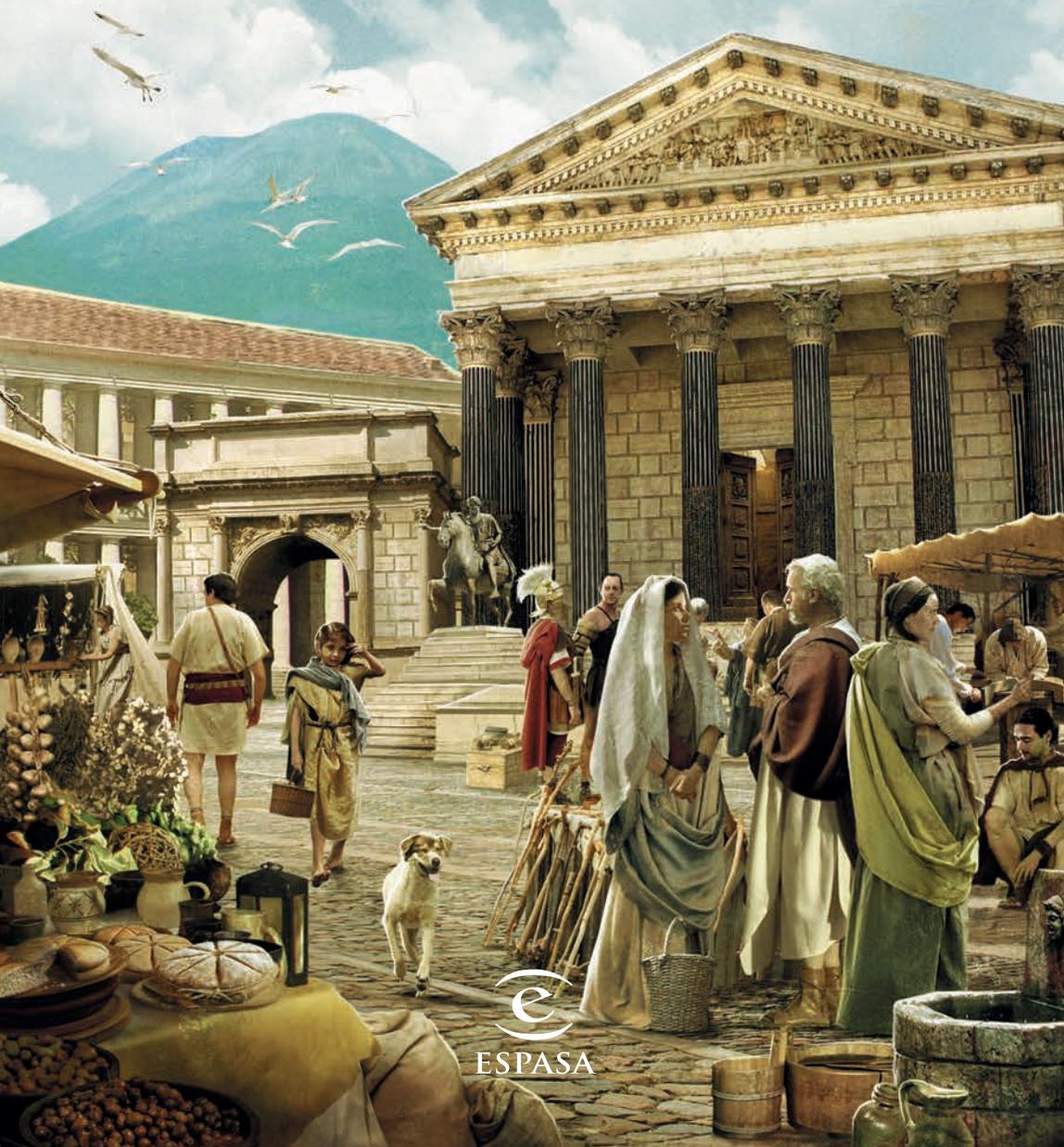


VN DÍA EN POMPEYA

FERNANDO LILLO




ESPASA

FERNANDO LILLO REDONET

UN DÍA EN POMPEYA



ESPASA

© Fernando Lillo Redonet, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © Alejandro Colucci
Grafitis de interior: © Tomás Lillo Ortiz
Mapas de interior: Luis Doyague

ISBN: 978-84-670-5833-8
Depósito legal: B. 27.152-2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
I. POMPEYA SE LEVANTA Y TRABAJA	17
Eufemo, el agricultor, llega a la ciudad	19
Gayo Cuspio Pansa, el candidato ideal	32
Terencio Neón, un panadero muy culto	45
Lucio Cecilio Jucundo, el banquero de Pompeya	53
Gayo Julio Heleno, el profesor particular	63
Estéfano, el lavandero	76
Popidio Natal, adorador de Isis	82
II. POMPEYA SE DA UN RESPIRO	91
El bar de Aselina y sus chicas	93
Ladícula, el ladrón de las termas	102
III. POMPEYA SE DIVIERTE	113
Celado, el gladiador rompecorazones	115
Actio Aniceto, el actor de pantomimas	130
IV. ANOCHECE EN POMPEYA	137
Fortunata, prostituta independiente	139

Eutiques, el ludópata	148
Cenando en la Villa de los Misterios	156
V. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE POMPEYA	175
REALIDAD Y FICCIÓN	197
LISTA DE PERSONAJES	227
CRONOLOGÍA	233
BIBLIOGRAFÍA	235

I

POMPEYA SE LEVANTA Y TRABAJA

EUFEMO, EL AGRICULTOR, LLEGA A LA CIUDAD

Eufemo vende estiércol de su finca y una rueda

Grafiti encontrado en una pared
de la Puerta Marina de Pompeya

Estaba a punto de amanecer cuando Eufemo se despertó. Tenía que darse prisa para salir lo antes posible con su carreta de mercancías. Era el día de Saturno (sábado) y tocaba ir al mercado de Pompeya. Allí montaría su puesto en el foro de la ciudad. Se lavó la cara y tomó un rápido desayuno de queso e higos pasos, mientras su joven hijo Félix se levantaba perezoso con muy pocas ganas de ayudar a su padre. Para partir cuanto antes, ya había dejado la carreta cargada la noche anterior con habas, lechugas, cebollas, manzanas y otros productos de su pequeña finca situada entre la población de Herculano y la misma Pompeya.

Se sentía afortunado de ser un hombre libre que trabajaba su propio terreno, aunque la vida no era fácil en una zona llena de villas rústicas en las que se cultivaba sobre todo el vino. Aunque no era rico, podía ir con la cabeza bien alta; no como los capataces, llamados *vilici*, esclavos encargados de gestionar las grandes posesiones de los terratenientes pompeyanos. Estos eran doblemente odiados: sus trabajadores, también esclavos

como ellos, no podían ni verlos, y sus amos siempre les exigían la máxima perfección cuando venían en visita de inspección. Sí, cuando estaba deprimido por una mala cosecha, bendecía a los dioses por no haber nacido esclavo en alguna de aquellas villas donde se trabajaba hasta la extenuación. Los siervos más rebeldes incluso eran encerrados de noche en oscuras habitaciones por temor a que se fugaran.

Pero Eufemo no estaba solo; los agricultores libres se asociaban para formar un grupo de presión que velaba por sus intereses e influía en la política de Pompeya proponiendo a los candidatos que mejor les trataran. Además, aunque sus ganancias eran escasas, no podía quejarse de la productividad de su finca. Los dioses habían bendecido la región con una fertilidad que era la envidia de otros lugares de Italia. Eufemo no sabía que la causante de ello era la enorme montaña que se alzaba hacia el cielo con las laderas más bajas cubiertas de viñas. El Vesubio, dormido desde tiempo inmemorial, había creado un suelo volcánico en el que las cosechas se multiplicaban.

Su esposa salió a despedirlos para desearles buena suerte. Eufemo la miró con cariño. Estaba muy contento porque era una trabajadora incansable que hacía que todo funcionara a la perfección en su casa. Sabía que ella también lo quería con sinceridad y que jamás se había ido con otro. Cuando ella muriera mandaría inscribir en su tumba este elogio: «fue casta, guardó la casa, trabajó la lana».

La vida en el campo no era desde luego la que se imaginaban los ricos pompeyanos que acudían a sus villas rústicas, que, además de la parte dedicada a los trabajos agrícolas, tenían unas suntuosas estancias destinadas al relax para apartarse del ajetreo y de los agobios de la ciudad. El poeta Horacio lo había expresado muy bien en sus versos: «Feliz aquel que lejos de la ocupaciones, como la antigua raza de los mortales, labra los

campos paternos con sus bueyes, libre de toda usura, y evita el foro y los umbrales soberbios de los ciudadanos poderosos». Ciertamente la nostalgia por el campo y sus recias costumbres habían quedado en la mente de los romanos más cultos. A Eufemo, no obstante, le gustaban más los versos de Tibulo, otro poeta romano, con los que se sentía identificado: «¡Cuánto más digno de alabanza es aquel a quien, tras formar una familia, le sorprende una ancianidad ociosa en una pequeña cabaña! Él mismo acompaña a sus ovejas, o su hijo a los corderos, y su mujer le prepara el agua caliente cuando regresa cansado». El sufrido Eufemo también pensaba que el trabajo duro era bueno para formarse un carácter recio y temía por su hijo, al que veía más proclive a la pereza y la diversión. ¡Qué razón tenía Columela, un tratadista romano sobre agricultura! Este decía de modo crítico: «Movemos nuestras manos más en los circos y en los teatros que en los campos y, para llegar más dispuestos a las comilonas, curamos nuestra indigestión de todos los días en los baños de agua caliente. Pasamos las noches en actos licenciosos y borracheras, los días los consumimos en el juego y en el sueño. Y nosotros mismos nos consideramos afortunados ¡cuando no vemos salir ni ponerse el sol!» Eufemo estaba de acuerdo con la conclusión de Columela: «siempre fue superior la plebe del campo a la de la ciudad».

Padre e hijo se turnaban para conducir la pequeña carreta tirada por una mula durante el trayecto por la vía que unía Herculano con Pompeya. Al acercarse a la ciudad, el tráfico se fue haciendo más denso. Todos los agricultores querían aprovechar el día de mercado para vender sus productos, y a ellos se sumaban los transportistas habituales que abastecían a establecimientos comerciales y particulares. Eufemo aprovechó la lentitud del tráfico para señalar a su hijo, que ya estaba espa-

bilado, una suntuosa villa cercana. Aquella villa suburbana era de enormes dimensiones y tenía una lujosa parte residencial que, según le habían dicho a Eufemo, contaba con las pinturas más hermosas de toda la ciudad, aunque estaban solo al alcance de los invitados de los dueños y de los esclavos de servicio. Ambos grupos contribuían con sus comentarios y fabulosas descripciones a hacer de aquella residencia un lugar lleno de misterios.

Félix no parecía compartir el entusiasmo de su padre por las casas de los ricos. Lo que de verdad le preocupaba era si su progenitor iba a dejarle algún rato libre para juntarse con otros muchachos y deambular por el foro o hacer una visita relámpago a las termas o el lupanar. Por eso no prestó atención a las palabras de Eufemo, que le describía con admiración lo que le habían contado sobre otra gran villa que se encontraba tras los muros que quedaban a su derecha. Escondida a los ojos del público no deseado se encontraba una de las villas más impresionantes de Pompeya, propiedad de un rico comerciante en vinos. Quien había tenido la suerte de entrar hablaba maravillas del inmenso jardín porticado dotado de un gran comedor al aire libre o también de la terraza flanqueada por torres en la que se podía tomar el sol y disfrutar de unas vistas inigualables del mar.

Ahora empezaba a verse a ambos lados de la calzada la necrópolis, literalmente «ciudad de los muertos», que se encontraba antes de entrar en la ciudad por la Puerta de Herculano. Estaba prohibido enterrar dentro de los muros, y los más pudientes erigían mausoleos y estelas funerarias junto a las vías de entrada de las diversas puertas de Pompeya. Alrededor de la de Herculano se concentraban algunos de los más importantes. A Eufemo no le disgustaba recorrer ese tramo; le recordaba que la vida era fugaz y que debía aprovecharla. Alguna vez había

leído en una estela un pensamiento con el que estaba totalmente de acuerdo. La inscripción parecía hablar al caminante: «Eh, tú, cansado viajero que pasas a mi lado, aunque hayas caminado largo tiempo, sin embargo, tendrás que venir aquí». También recordaba otra que decía: «Lo que eres, yo lo fui, y tú serás lo que soy».

Pasaron junto a la tumba de Gneo Vibrio Saturnino, situada justo después de la puerta de la villa del gran jardín. Sobre el dintel de entrada una inscripción recordaba el nombre del difunto. Ahora el acceso estaba cerrado, pero en una ocasión pudo ver fugazmente el interior de la tumba mientras se estaba celebrando una ceremonia. Se trataba de un triclinio al aire libre, un comedor con tres lechos y una mesa redonda central en mampostería y las paredes bellamente decoradas con pinturas, donde se recostaban los parientes del difunto para celebrar el banquete funerario que tenía lugar tras el entierro o en los aniversarios de la muerte del ser querido.

Los más ricos situaban sus tumbas en primera fila, mientras que los menos pudientes tenían que conformarse con una posición más retirada de la calzada. Ya muy cerca de la puerta pudieron ver a la gente charlando sentada en el curioso sepulcro de la sacerdotisa pública Mamia que consistía en un gran banco semicircular donde en letras capitales figuraba la inscripción con el nombre de la difunta y la mención de que su lugar de entierro en aquella situación privilegiada había sido concedido por la cámara rectora de la colonia de Pompeya. Tras el banco de Mamia se elevaba el templete circular que coronaba la tumba de la poderosa familia de los Istacidios. A pesar de que según Horacio «la pálida muerte golpea con igual pie las cabañas de los pobres y las torres de los reyes», en el mundo de los vivos los ricos podían ser honrados y recordados de un modo especial.

Atravesaron la Puerta de Herculano por el amplio vano central, que parecía un arco de triunfo, mientras que las entradas laterales, más pequeñas, estaban destinadas a los peatones. El primer tramo de su viaje dentro de las murallas era el más cómodo. Transitaban por la que hoy llamamos Vía Consular, bastante ancha y de doble dirección. La carreta de Eufemo tenía unas ruedas altas que le permitían pasar sin problemas los numerosos pasos de peatones realizados con grandes bloques de piedra que podía encontrar en su camino. Eso no le libraba de algún que otro golpe o roce contra ellos o contra las aceras, de unos 30 cm de alto.

El tráfico lento permitió a Eufemo saludar a Aulo Cosio Líbano, dueño de una de las posadas más lujosas de la ciudad, puesto que era el fruto de reconvertir una casa noble en un negocio de calidad. Aulo le compraba habitualmente productos de su finca, sabiendo que Eufemo era un agricultor serio. De todos modos la competencia era fuerte, porque algunas viviendas de Pompeya tenían su propio huerto para consumo interno y a veces producían excedentes que podían colocar entre sus vecinos. Además, en la zona de la Gran Palestra había casas cuyas partes traseras eran verdaderas fincas rústicas dentro de la propia ciudad.

Un poco más adelante tenían que tomar la calle de la izquierda para llegar a la que hoy conocemos como Vía de las Termas, que también era de doble dirección. La dificultad estaba en el siguiente cruce a la derecha para coger el Callejón de las Termas; ahí solo se podía circular en un sentido, hacia el sur. El tráfico estaba regulado por los ediles de Pompeya, pero no parece que existieran señales que lo indicaran, sino que los transportistas habituales conocían las normas y las transmitían a sus compañeros de profesión. Eufemo pensaba que tampoco era tan difícil recordar las direcciones de las principales calles

de una ciudad de las dimensiones de Pompeya. Pero siempre había algún forastero que se equivocaba, y aquel día los dioses no parecían estar del lado de nuestro agricultor. Un carro se había confundido y obstaculizaba el callejón circulando en sentido contrario y paralizando el tráfico. Entonces Eufemo pudo experimentar el agrio carácter de los muleros profesionales, sobre todo de ese que iba delante de él y se había encontrado el carro del novato de frente. De su boca salió una interminable lista de improperios que el forastero, a su vez, contestó con virulencia. Eufemo se mantuvo al margen, pero los colegas del mulero que circulaban detrás de su carreta se bajaron de sus vehículos para sumarse a la trifulca. Ante la presión del grupo, el infractor fue obligado a ir marcha atrás para despejar la vía. Tuvo suerte de no llevarse algún golpe por parte de un mulero especialmente desaprensivo. Desde luego, la próxima vez no iba a olvidarse del sentido correcto de aquel callejón.

Eufemo conocía la mala fama de los muleros de Pompeya, pero también había alguno de buen corazón, como aquel que quedó inmortalizado en un hermoso poema que podía leerse en la pared de una casa de la Vía de la Abundancia y que había ayudado a una joven en apuros: «Si sintieras los fuegos del Amor, mulero, te darías más prisa para ver a Venus. Amo a un joven hermoso. Te lo ruego, aguija, vayamos. Ya has bebido, vayamos, coge las riendas y arrea las mulas. Llévame a Pompeya donde está mi dulce amor».

Tuvieron que aparcar la carreta antes de llegar al foro, la gran plaza donde se desarrollaba la vida pública, comercial y religiosa de la ciudad, ya que el lugar estaba cerrado al tráfico rodado. El sitio habitual en el que instalaban su puesto Eufemo y su hijo, previo pago, claro está, del impuesto correspondiente por su uso, era el espacio denominado *forum holitorium*, «mercado de verduras», pero el terremoto del 63 d. C. lo había afec-

tado y estaba en reconstrucción. Por suerte, había otro edificio dedicado a mercado, el *macellum*, que estaba al otro lado de la plaza, pasado el templo de Júpiter que la presidía. Eufemo recordaba la majestuosidad del templo antes de que el terremoto lo derribara. En su interior había una gran estatua sedente del padre de los dioses que se había hecho pedazos. Ahora el lugar estaba cerrado por reparaciones y albergaba en su interior un taller de escultura. El culto a la tríada capitolina, Júpiter, Juno y Minerva, los tres dioses mayores, se había trasladado provisionalmente a un templo de las inmediaciones del teatro de la ciudad.

El mercado también estaba en restauración, pero se habían habilitado algunos espacios para el comercio de carne, pescado y vegetales. Eufemo y Félix entraron cargados con sus mercancías en el gran patio rectangular y buscaron el lugar que se les había asignado. En el centro del patio había una especie de templete techado con doce columnas y un vivero en el interior para los peces en venta. En el eje opuesto a la puerta principal había un gran espacio destinado al culto imperial. Todo el *macellum* era un hervidero de comerciantes preparando cada uno su mostrador para ofrecer sus productos a los clientes que empezaron a llegar enseguida. En algún momento la afluencia era tal, que Eufemo temía que algún ladronzuelo aprovechara la ocasión, pero tenía a su hijo como apoyo. Lo que más le molestaba eran los clientes quisquillosos que no se fiaban de que el peso o la medida de producto que él les daba fuera la correcta. Muchos forasteros creían por sistema que el comerciante estaba para engañarlos y sacar beneficio. Efectivamente había algunos abusos, pero la vigilancia de los empleados de los ediles y la existencia de una mesa de mármol con los pesos y medidas oficiales velaban por la transparencia de las transacciones. Cuando su puesto estaba en el *forum holitorium*, a Eufemo

le resultaba fácil acompañar al cliente insatisfecho hasta la mesa oficial que estaba justo a su lado, pero en su nueva ubicación en el mercado tenía que cruzar toda la plaza y luego regresar al punto de venta. No obstante, en estos casos se armaba de paciencia, porque sabía que un cliente satisfecho era la mejor propaganda para su negocio.

En un momento de poca afluencia, Eufemo dejó a su hijo al cargo del puesto y se colgó una cesta al cuello para vender manzanas de forma ambulante por la plaza del foro. Había un gran ambiente, con gente vestida de colores vivos y una multitud de actividades comerciales delante o a la sombra de los pórticos que rodeaban el foro. «Manzanas, mujeres mías, manzanas» pregonaba nuestro agricultor deambulando entre los puestos y entre las mercancías colocadas en el suelo. Los vendedores de telas mostraban sus coloridos tejidos a los hombres y mujeres que se aproximaban a ellos y tocaban la mercancía para probar su calidad; un artesano que fabricaba vasijas de metal las tenía en exposición en el suelo y pregonaba sus cualidades a un hombre acompañado por su hijo pequeño. Un zapatero había habilitado unos bancos para que su clientela estuviera cómoda y pudiera elegir y probarse el producto, mientras otro tomaba medidas para la confección de calzado. Para los transeúntes hambrientos había puestos de pan e incluso de comida caliente, como la que estaba viendo a su lado, donde se estaba reuniendo gente alrededor de una olla de bronce atraídos sin duda por el buen olor de lo que se estaba cocinando.

La voz de Eufemo pregonando sus succulentas manzanas fue de improviso ahogada por unos gritos procedentes de un lugar del foro que llamaron la atención de muchos viandantes. Era habitual que bajo los pórticos de la plaza se instalaran escuelas donde los muchachos pompeyanos aprendían a leer y escribir. Pero a veces esta tarea conllevaba riesgos, puesto que los maes-

tros no eran en absoluto indulgentes con los que no hacían bien sus tareas. Al acercarse, Eufemo pudo ver a un grupo de alumnos sentados con sus instrumentos de escritura sobre las rodillas y a otros de pie bajo las columnas del pórtico que contemplaban, con temor y alivio a la vez, la escena que se desarrollaba ante ellos. Un muchacho con las nalgas y la espalda al descubierto era duramente golpeado mientras se agarraba al cuello de un compañero y otro le sujetaba los pies. Parecía un castigo excesivo para una falta escolar. Desde luego, la lección aprendida en cabeza ajena iba a hacer que aquellos muchachos se lo pensarán dos veces antes de contrariar a su maestro. Eufemo no había ido a la escuela mucho tiempo y tan solo había aprendido lo necesario para su oficio, hacer cuentas y leer un poco, y ahora casi se alegraba de ello.

Buscando otro lugar menos ruidoso para vender sus manzanas se desplazó a un pórtico cercano a los edificios administrativos, pero tampoco allí tuvo suerte. Todos los presentes le rogaron silencio. No debía molestar, porque se estaba desarrollando un juicio verdaderamente importante, puesto que contaba con la presencia de dos magistrados de la ciudad sentados en sillas y vestidos uno con toga roja y otro, blanca. Frente a ellos estaba una mujer con vestido blanco que acompañaba a una niña de verde. En la confusión Eufemo no sabía si la niña era la hija de la dama o si era su pequeña esclava, y tampoco alcanzó a saber cuál era el problema judicial en cuestión. Realmente no le importaba demasiado. Lo suyo era vender manzanas y desde luego aquel sitio no era el más apropiado. Alejándose de allí, pasó junto a un grupo que leía una ley desplegada entre las basas de las estatuas ecuestres de pompeyanos ilustres. Los documentos legales que afectaban a la vida pública tenían que exponerse en público durante veintisiete días para que los ciudadanos que debían aprobarlos o rechazarlos tuvieran cono-

cimiento de ellos. Tres hombres maduros de cierta clase social y un joven leían atentamente el texto. Eufemo supuso que el de menor edad sería hijo de alguno de ellos, y que se aprovechaba la ocasión para instruirlo en los asuntos políticos con los que algún día tendría que enfrentarse. Nuestro vendedor no podía perder el tiempo leyendo abstrusos documentos legales que no comprendía. Si había algo que le afectara, seguro que su asociación de agricultores se enteraría y le informaría de ello.

En vista del poco éxito que estaba teniendo con la venta ambulante, se dispuso a hacer un recado que tenía pendiente. Antes de salir del foro su mirada se detuvo sin saber por qué en un mendigo con barba y un bastón en la mano izquierda que pedía limosna a una dama acompañada por una muchacha. El mendigo caminaba encorvado y con la mano derecha sostenía una cuerda a la que llevaba atado un perrillo. Tras abandonar el foro, nuestro agricultor pasó junto a la gran basílica, sede de los procesos judiciales, y se dirigió a la cercana Puerta Marina, la más próxima al puerto de Pompeya. Al llegar, sacó un pequeño punzón de hierro e inscribió en un lugar visible: «Eufemo vende estiércol de su finca y una rueda». Tenía que diversificar su oferta si quería sobrevivir y confiaba en que alguno de los muchos viandantes que atravesaban aquella puerta leyera su anuncio. Si estaba interesado no tenía más que dirigirse al foro y preguntar por él. Todos los comerciantes le conocían después de tantos años acudiendo puntualmente al mercado de Pompeya.

Cuando volvía al *macellum*, alguien que venía a toda prisa chocó con él violentamente y lo tiró al suelo. Las manzanas rodaron dispersándose por el enlosado mientras el agricultor se afanaba por recogerlas antes de que las pisaran. Con el rabillo del ojo pudo ver al causante del desastre: un hombre sospechosamente parecido al mendigo que pedía limosna, aunque ahora

corría sin bastón con un bulto bajo el manto y un perrillo suelto le seguía. Tras recoger sus maltrechas manzanas apreció un cierto revuelo en el lado de la plaza donde estaba el puesto de vasijas metálicas. Se había formado un grupo en torno al artesano que profería maldiciones contra alguien que le había robado una vasija de buen tamaño. Aprovechando la aglomeración, un ladrón la había cogido y se había escapado corriendo sin que nadie pudiera atraparlo. Como siempre, los empleados del edil que guardaban el orden público no estaban cuando se les necesitaba. Claro que esta vez tenían buenas razones para ello. En el otro extremo de la plaza, junto a los edificios administrativos, la gente se aglomeraba en torno a un candidato, reconocible por la deslumbrante blancura de su toga cándida, que acudía al foro con su séquito para conseguir votos en su campaña. Enseguida se supo que se trataba del joven Cuspio Pansa, el último vástago de una familia de fuerte raigambre, que aspiraba a convertirse en edil aquel año.

Eufemo volvió resignado junto a su hijo, que lo esperaba ansioso para poder irse con sus amigos. A nuestro agricultor le quedaba todavía mucho trabajo por delante en su puesto del foro. Recordó a su vástago que debía regresar a tiempo, porque por la tarde se trasladarían a la zona del anfiteatro donde iban a tener lugar unos juegos de gladiadores. Había que aprovechar la afluencia de público en esos espectáculos e instalar un puesto a la sombra de algún árbol de los alrededores del edificio. No podía permitirse volver a pagar una nueva tarifa para ocupar un espacio en alguno de los arcos ciegos del anfiteatro como otros de sus competidores. Y no solo eso, al día siguiente tendría que volver a cargar su carreta e ir a otro mercado; el día del Sol (domingo) tocaba la cercana localidad de Nuceria. Había otros muchos lugares con mercado semanal: el día de la Luna (lunes) en Atela, el día de Marte (martes) en Nola, el día de Mercurio

(miércoles) podía ir a Cumas, el día de Júpiter (jueves) a Puteoli (Pozzuoli) y el día de Venus (viernes) a Capua e incluso a Roma, aunque esta última quedaba fuera de sus posibilidades. Como decía Horacio: *Carpe diem*, «aprovecha el día». Así que Eufemo tenía bastante con ocuparse de las labores de aquella jornada en Pompeya, que esperaba fuera mejorando a medida que pasaran las horas. A ver si en el anfiteatro había más venta y podía regresar a su finca con la satisfacción de la labor cumplida.